

# NO LA CONOCÍA

CREÍAS SABER QUIÉN ERA. TE EQUIVOCABAS.

JULIÁN GARCÍA GALLEGO



Título: No la conocía

Primera edición: enero, 2026

© 2026, del texto Julián García Gallego.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Fotografía de solapa por Pepe Galanes

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 3746-2025

ISBN: 979-13-87720-67-4

*Existe un lugar al que se accede con el alma dañada;  
una vez allí, solo resta esperar a que todo vuelva a su posición natural...*



# ÍNDICE

|                                              |     |
|----------------------------------------------|-----|
| Prólogo.....                                 | 9   |
| Capítulo 1 Mi huida .....                    | 15  |
| Capítulo 2 Mi declaración velada.....        | 21  |
| Capítulo 3 El día que conocí al diablo ..... | 27  |
| Capítulo 4 El detective Mario .....          | 33  |
| Capítulo 5 La boda .....                     | 39  |
| Capítulo 6 El trabajo de Laura.....          | 45  |
| Capítulo 7 Objetivo dañado .....             | 51  |
| Capítulo 8 Hogar, dulce hogar .....          | 55  |
| Capítulo 9 El diario de Laura.....           | 61  |
| Capítulo 10 Un paseo por las nubes.....      | 69  |
| Capítulo 11 Correspondencia.....             | 75  |
| Capítulo 12 Iso 100 F 4.5 V 1/250 .....      | 81  |
| Capítulo 13 Tantas dudas como certezas.....  | 89  |
| Capítulo 14 La llamada a medianoche .....    | 99  |
| Capítulo 15 Metí la mano en el fuego.....    | 111 |

|                                                                     |     |
|---------------------------------------------------------------------|-----|
| Capítulo 16 ¿Qué es este sitio? .....                               | 117 |
| Capítulo 17 Tic, tac, tic, tac.....                                 | 125 |
| Capítulo 18 La nicotina daña los pulmones.....                      | 133 |
| Capítulo 19 ¿Y si muero aquí? .....                                 | 141 |
| Capítulo 20 Lista para volver a lo que estuviese haciendo (I) ....  | 145 |
| Capítulo 21 Lista para volver a lo que estuviese haciendo (II)....  | 151 |
| Capítulo 22 Las magnolias no se cortan.....                         | 165 |
| Capítulo 23 Las flores pueden esconder secretos inconfesables..     | 179 |
| Capítulo 24 Recapitular es fácil, pero solo si puedes recordar .... | 183 |
| Capítulo 25 Tanto dolor en el corazón .....                         | 191 |
| Capítulo 26 Otra oportunidad más.....                               | 195 |
| Capítulo 27 Rescatado del más allá.....                             | 197 |
| Capítulo 28 Entre deseos y certezas .....                           | 205 |
| Capítulo 29 ¿Magullado o muerto? .....                              | 223 |
| Capítulo 30 Juicio final .....                                      | 229 |
| Capítulo 31 Quizás no estaba preparado.....                         | 245 |
| Capítulo 32 Desde mi destierro.....                                 | 253 |
| Capítulo 33 ¿¡Tú, qué haces tú aquí!?.....                          | 255 |

## PRÓLOGO

*Podemos perdonar fácilmente a un niño que tiene  
miedo de la oscuridad; la verdadera tragedia de la vida es  
cuando los hombres tienen miedo de la luz.*

—Platón

Desde la distancia de una atalaya, el tiempo suele disfrazarse de samaritano y dueño de toda verdad. Pero esa es una mentira reconfortante. En realidad, ese villano es un cómplice silencioso capaz de dar forma a una costra de miedo y sombras donde la luz, simplemente, se rinde y no puede acceder a los rincones inertes del corazón. No es un ladrón que se lleva lo malo, al contrario, es el arquitecto de un olvido que fermenta por dentro hasta pudrirlo todo. Porque hay heridas que no se convierten en cicatrices, que quedan ahí para siempre, sin la posibilidad de sanar.

Entre estas páginas que sostenéis ahora hay un sinuoso recorrido por la incertidumbre. No busquéis aquí consuelo. El autor ha diseñado un laberinto de emociones que no dejará indiferente a nadie: marcas invisibles pero grabadas a fuego; una escalera de peldaños quebradizos que conduce, inevitablemente, al aroma húmedo de un sótano al que nadie desea descender. Sin embargo, es allí, en esa penumbra, donde debemos bajar, por muchas ganas que tengáis de huir. Es la única forma de despertar del sueño que nos hemos impuesto para no tener que mirarnos al espejo y reconocer quiénes somos realmente.

Vivimos como prisioneros de una condena autoimpuesta. Nos defendemos con la ingenuidad, creyendo que lo que no se nombra no existe,

que lo que no queremos asimilar dejará de herirnos. Pero este libro no permite juegos de magia donde, en el último instante, aparece la carta perdida entre la baraja. Va a doler. Es muy probable que, en ciertos pasajes, el lector sienta el impulso de cerrar estas tapas con rabia, enfadado con el mundo y consigo mismo, pensando que no forma parte de este juego perverso. La tentación de pasar de largo es humana, pero es también nuestra mayor derrota. Por mucha distancia que pongamos entre la realidad y nuestra tranquilidad, siempre habrá otro paraíso que posea las mismas catacumbas tenebrosas de las que nos quisimos alejar; lo que aquí acontece es tan tangible como un beso o un abrazo entre enamorados.

Recuerdo el día que decidí girar el pomo que daba acceso a este lugar olvidado. Sentí la impotencia golpeándome en las sienes. A medida que avanzaba, la trama me desnudó, revelándome qué pieza era yo en esta partida y el papel que yo mismo debería haber desempeñado. Fue entonces cuando comprendí que todos llevamos puesto un pasamontañas invisible; ese anonimato cobarde que nos hace creer que no tenemos responsabilidad sobre lo que ocurre a plena luz del día. Tuve la tentación de abandonar en la estantería el látigo que fustigaba mi cabeza en cada capítulo, olvidar entre algún libro de poemas de amor esta dimensión que tanto daño me causaba —y llegué a completar ese descuido en varias ocasiones—, pero aquí estoy, mostrando que fue un error.

Aquellos que tengan la valentía de seguir adelante deben saber que esto no es una simple historia de ficción nacida del ocio. Lo que aquí se despliega es una auténtica carga de profundidad. Es un grito contenido que estalla justo cuando el aire se vuelve denso e irrespirable. Es el reflejo de un calabozo que nos revuelve las entrañas; una herencia invisible transmitida como un estigma que no logramos superar ni con leyes, ni con visibilidad, ni con esa verborrea moderna que hoy satura los titulares, pero vacía las almas.

Nos encanta la idea de habitar un mundo perfecto donde los monstruos han sido desterrados a los escondrijos más apartados de la psique o a los archivos polvorientos de una comisaría. Sin embargo, esa es nuestra mayor y más peligrosa equivocación. Esa es la verdadera lacra que esta historia disecciona con precisión quirúrgica: nuestra infinita capacidad para mirar hacia otro lado mientras un círculo vicioso sigue girando,

centrípeto y voraz, arrastrándonos al mismo pozo de siempre.

No vais a encontrar héroes de mármol ni bálsamos para la conciencia. Hallaréis un ambiente crudo y una respuesta visceral ante una plaga que nos acecha bajo el barniz de nuestras casas iluminadas y nuestras vidas de escaparate. El autor invita al lector a despojarse de la coraza y a enfrentarse a la vulnerabilidad que subyace al respirar cuando el aire no llega a los pulmones. Algunas frases golpean como un martillazo visual, desafiando la indolencia de una sociedad que, con frecuencia, prefiere el silencio gélido de los vagones de un tren de mercancías —esos que alejan nuestras inmundicias en la noche— antes que enfrentar la verdad de unas vías imaginarias que conducen a un final equivocado.

No quisiera haber sido demasiado explícito con lo que podéis encontrar, pero creo que andar con medias verdades a estas alturas no es lo que pretendo.

Me gustaría que os preparaseis; es una travesía con muchos altibajos. Una vez que los puntos de sutura se vayan retirando, la mirada os cambiará para siempre. Ojalá la rebeldía que entraña cada pasaje sirva para que nunca, ni vosotros ni yo, volvamos a utilizar la ignorancia como nuestra última trinchera emocional.



No me resultó fácil volver a unir todos los fragmentos. Ni siquiera sé con seguridad si este es el orden en el que fueron regresando a mi cabeza, ya que hay hechos que no he podido ubicar exactamente cómo sucedieron. Aun así, creo que he conseguido darles la forma correcta. Leídas desde la primera consonante hasta el último punto, son fieles descripciones de todo lo que recuerdo. En algunos casos, he añadido pinceladas para tapar aquellos huecos que mi memoria no ha podido llenar. Sin embargo, en la mayoría de ellos, lo que sí he tenido que hacer es rebajar la intensidad con la que esos arañazos emocionales iban perturbando mi mente al regresar a mí. Así lo he hecho, de esta manera, para no sentir tanto dolor y protegerme del calvario al que aún me enfrento.

Estoy sentado frente al reloj que adorna la sala de visitas, observando cómo el segundero se apresura en marcar la hora exacta en la que se abrirá la puerta. No espero mucho de este encuentro; más bien, estoy asustado y con una sensación horrible de quemazón en la garganta. Sí, es cierto, podría decirse que lo que tengo es miedo, y no se trata de uno pasajero, ya que lo noto crecer; avanza apresurado como lo hace el tiempo hacia el futuro. Pero esto es lo que he decidido, y que sea lo que tenga que ser...



## CAPÍTULO 1

# MI HUIDA

El humo se fue desvaneciendo, al mismo ritmo con el que nos alejábamos de la estación. Con cada metro que avanzábamos, se desquebrajaba un trocito más de mi corazón. Estaba convencido de que, cuando recordase ese instante, sería capaz de reconocer que había sido una decisión acertada. Pero si hubiese saltado en marcha, tampoco habría sido una locura, ya que gran parte de mí se quedaba entre la neblina que se perdía al salir de la locomotora. Fue como ver una escena típica en una película de desengaños amorosos, nada nuevo. Con una sola diferencia: el que se alejaba de aquel andén era yo, un actor sin pasado. Si al menos hubiese estado interpretando a Cary Grant, me habría sentido fortalecido. Pero la realidad era otra; yo no era un tipo demasiado dotado. Nada en mí era prometedor, salvo la chica que, con su mano alzada, se despedía. Ella sí que era un premio, y no yo.

Me aferré a cada pequeño recuerdo, convencido de que la mente suele cometer pequeños despistes, olvidando o tergiversando lo que ha sucedido en la realidad. Eché una última mirada de reojo, con la única intención de regocijarme en el dolor que me produciría esa imagen. Fue tal y como la imaginé: una espina que se movía dentro de la herida. No me arrepentí; era lo que buscaba en ese momento, sirvió para abofetear a mi pasado reciente, dejando abierta la puerta que me conducía a la desesperación. No tuve duda, pero sentí rabia. La noté ascender desde el estómago, subiendo y depositando un sabor agrio en mi paladar.

Cuando pasamos por el cartel que anunciaba que dejábamos la localidad, me derrumbé. Me cubrí la cara para que el resto de los viajeros no se percatasen. Creo que no sirvió de mucho; sentí cómo sus pupilas se clavaban, escarbando en mi alma. Disimulé todo lo que pude, pero alguien, de aspecto afable, me buscó con la mirada; no se perdió ni uno solo de mis movimientos. Llegué a sentirme intimidado, como si estuviese en un calabozo justo antes del interrogatorio. Aquella silueta se fue haciendo más y más nítida. Con cada paso que daba hasta mi asiento, la veía con más claridad. Me transmitió buenas sensaciones, extrañamente familiares, pero en ese momento habría jurado que no la había visto nunca en mi vida.

El traqueteo rítmico del vagón hizo de mecedora y, en unos minutos, me quedé dormido, apoyado sobre el cristal helado de la ventanilla. Con cada balanceo, mi cabeza repiqueteaba al chocar sin descanso contra la delgada lámina de cristal. No era cómodo ni confortable, pero mi cansancio fue capaz de ignorar todas las trabas que se le iban poniendo por delante. Lo importante en ese momento fue recuperar fuerzas y reponerme de tantas horas de sueño perdido. Acurrucado, como si estuviese en un nido, y tapado con mi gabardina hasta más allá de las orejas, concilié un reparador letargo. Cada curva fue una sensación seductora. Me sentí acunado en brazos de mi madre, protegido y querido. En cada desnivel, me sumergí en el calor de la infancia; cuando era un bebé indefenso pero seguro al estar de nuevo a su lado. No sé cuánto tiempo pasé en aquel trance, pero debo reconocer que fue una dosis de vitaminas, rehabilitador.

Un silbido, agudo y punzante, se introdujo como un alfiler en mis tímpanos, atravesándome como lo hace un bisturí que corta la piel para operar. Aquel sonido inoportuno me sacó de un portazo de mi descanso. Habíamos llegado a una de las paradas del trayecto, pero no fui capaz de enfocar el cartelón que me podría haber dicho en dónde estábamos, y tampoco puse mucho interés en ello. Mi única misión era la de alejarme todo lo posible del lugar de partida. Para cuando me percaté de que no estaba solo en ese sillón, ya fue tarde. Frente a mí encontré el rostro amable del fondo del vagón, que lanzaba preguntas sin descanso.

Aquella mujer me hizo sentir que había caído en arenas movedizas, perfectamente extendidas a mi alrededor. No tenía escapatoria fácil. Su cuerpo, ataviado con unos cuantos kilos de más, me lo impedía. Se

interpuso entre mi asiento y el pasillo de huida. Alcé la cabeza y busqué la manera más educada de poner una excusa, sin faltar al respeto, para escabullirme de aquella encerrona. Pero no hallé ningún resquicio en su plan. Agaché la barbilla y me resigné, atendiendo todas y cada una de sus preguntas.

—Me suena su cara, mozalbete.

—Buenos días, señora —le contesté con amabilidad, un tanto forzada por la situación.

—¿Usted no se llamará Alfredo? —me preguntó, con la respuesta ya en sus labios, segura de que sería un sí rotundo.

Dudé, pues no quería que aquello se convirtiese en un interrogatorio pero, como nunca fui de mentira fácil, asentí con un leve movimiento de cabeza, confirmando mi identidad.

—Sí, ese es mi nombre, Alfredo Martín de la Osa.

—¡Claro, si lo sabía yo! En cuanto te he echado un vistazo, estaba segura de que eras tú. Tienes unas facciones inconfundibles. Con esa mirada tan penetrante y esos ojos azulados que la adornan, no hay quien se despiste —argumentó para anclar su trasero definitivamente a mi lado.

En qué embrollo me había metido. Yo no tenía la cabeza para preguntas y conversaciones llenas de retórica formal. Lo que codiciaba era que se marchara al último vagón del convoy y se perdiera allí, para no regresar. Pero la cosa no pintaba nada bien; me esperaban largos minutos de asedio. Cuánto eché de menos tener más desparpajo y haberla enviado a Filipindú, con todo descaro y decisión. En esos instantes de dudas, salió al paso la educación de mis padres, para cortar la reacción brusca que se merecía tanta insolencia por su parte. Nunca entendí qué empuja a ciertas personas a irrumpir con descaro y sin reparo en las vidas ajenas.

Bueno, pues allí estábamos. Ella lanzaba la caña y yo esquivaba su anzuelo viperino.

—¿Hacia dónde te diriges, muchacho?

—Pues la verdad, aún no lo tengo claro.

—¡Ya veo! Te noto aturdido, ¿te encuentras bien?

—Sí, solo un poco cansado.

Intercambiamos una serie de frases vacías, de ida y vuelta. Aquel juego solo se trataba de que ella perdiera el interés en mí, sin dejarla entrar

en terreno pantanoso. Pero no dio resultado. Aquella mujer quería, a toda costa, conseguir información de primera mano sobre lo sucedido. Yo me mantuve cauto, midiendo las palabras, a la vez que sorteaba sus acometidas en todo momento. Hasta que vi en su mirada que iba a entrar a matar; cansada de tantas preguntas que no le llenaban, pues mis respuestas eran solo por compromiso. Logré mantenerla a raya durante unos escasos quince minutos, hasta que por su boca salió la puñalada definitiva.

—¿Y tu esposa qué, no viaja contigo? Me resulta extraño verte sin ella.

Me mantuve tranquilo, respiré todo lo pausado que pude y sorteé esa primera acometida con otra pregunta, como si no hubiera escuchado la suya.

—Y, si no es indiscreción, ¿hacia dónde se dirige usted, señora?

Ella me respondió con un sublime pasotismo, con tanto o más arte que una estatua viviente a la que intentas provocar para que realice algún movimiento. Puso una sonrisa en su gesto y volvió a hacer la misma pregunta, como si yo no hubiese pronunciado ni una sola palabra.

—¿Y tu esposa qué, no viaja contigo? Me resulta extraño verte sin ella.

No dejé de darle vueltas: «¿De qué me conoce esta mujer a mí?». Intenté localizar en mis recuerdos algún detalle suyo que me permitiera saber quién era ella y de qué nos conocíamos. Me hablaba con tanta confianza que resultaba un poco espeluznante y desconcertante; daba la sensación de controlar mi pasado mejor que yo. Aquellos momentos no fueron nada agradables. Me sentí acorralado, inquieto, ante la falta de datos que me pudiesen aportar algo sobre ella. La conversación no cesaba. Las preguntas y anécdotas se sucedían a tal velocidad que, a la mayoría, yo solo contestaba con monosílabos y pequeños cabeceos para afirmar o negar algunas de sus indirectas. Noté que cada vez que se dirigía a mí, aprovechaba para acercar su trasero un poquito más al mío, con lo que acortaba la distancia que nos separaba. Su olor corporal se apoderó de mi espacio, tomó posiciones estratégicas, como si se tratase de una maniobra militar en plena batalla. Una mezcla peculiar. No puedo decir que fuese muy desagradable, pero tampoco una fragancia que resultase grata durante un periodo largo. Se entrelazaban el suave olor a sudor con destellos de colonia de buena calidad. Se equilibraban entre ellos; no sé si para aturdir o para hacerme vomitar.

Me mantuve agazapado y esperé en mi rincón la oportunidad para hacer mi truco de escapismo. Pero aquello se me hizo eterno. Justo hasta que el revisor abrió la puerta de nuestro vagón y vi una evasión perfecta. Aquel «ángel salvador» fue pasando de uno en uno, a la vez que se aseguraba de que todos teníamos nuestro billete en regla. Con esa maniobra, que convirtió el vagón en una misa de siete, acompañado de un silencio sepulcral, pude dejar de oír a la detective de olor peculiar unos segundos. Pero solo fue un espejismo. La oronda mujer se giró, cogió ambos billetes y los validó con una gran sonrisa. Creo que mi cara cambió a tonos verdes, enfadado de verdad. Pero ni aun así le importó. Una vez que el revisor abandonó nuestro compartimento, se volvió a lanzar a mi yugular como un vampiro.



## CAPÍTULO 2

# MI DECLARACIÓN VELADA

Una vez que tuve asumido que de esa trampa no iba a salir de ninguna de las maneras, y convencido de que no la mandaría a freír espárragos debido a mi educación, me resigné. Con una media mueca, empecé a confirmarle que respondería a todas sus dudas. Ella notó que algo había cambiado en mí: retrocedió para dejarme espacio y bajó el ritmo de las preguntas, concediéndome una pequeña tregua para que pensase con calma las respuestas.

En aquel tren, todo me traía buenos recuerdos, y eso que el tufillo que se creaba en el ambiente no era muy de mi agrado. La mezcla que se aglutinaba, de bocadillos, perfumes, humo, enseres y toda la variedad que caracteriza al ser humano, me producía unas ganas irremediables de vomitar. Pero, de alguna manera que nunca llegué a comprender, mi cuerpo siempre se acostumbraba: lo hacía de mala gana, pero al final lograba vencer la necesidad de acudir a la taza del váter.

«Aquí, en un compartimento como este, nos dimos el primer beso. Aunque si contase la versión de Laura, mi esposa, dudaría de quién dio el primer paso. Ella aseguraría que yo solo puse los labios y que ella hizo el resto. Para no discutir, yo llevo diez años asumiendo que eso era cierto. Y, para ser sincero, de ese beso solo recuerdo la calidez y el calor que recorrieron mi cuerpo. Todo lo que sucedió allí me llevó a casarme con ella dos semanas después, toda una locura, cometida sin pensar».

Esos detalles salieron de mi boca sin que mediase pregunta alguna

por parte de mi intrigante acompañante. Tuve la sensación de estar en un confesionario; ella escuchaba con cara de asombro y yo parecía un papagayo desbocado. Le explicaba mis pecados, saltando de muesca en muesca de un rosario, sin reprimir ni un solo dato.

«Pues, como le iba diciendo, señora», le recalqué para que no se distrajesse de la conversación. Después de todo, ella había sido la que había querido saber la verdad de la historia, y yo, ahora, estaba dispuesto a que no se quedase sin saberla. Y con todos los pormenores, para que no fuese contando las verdades a medias. ¡Ya había aguantado bastantes cuchi-cheos pueblerinos, con mentiras y embustes!

—¡Hijo, no me puedo creer lo que me estás contando!

—Pues es así, piense lo que piense. Las cosas no son lo que parecen, señora.

—¿Y cuándo empezó la cosa? Porque ella no...

—Ya le digo, enamorado hasta lo más profundo. Y no me arrepiento, no se vaya a creer lo contrario. La quise y la seguiré queriendo, pero ya ve usted.

—Entonces, Alfredo, ¿cómo pasó todo? No sé qué llevó una cosa a la otra.

En aquel intercambio de frases fue cuando descubrí de qué conocía a la señora Colombo. Carla era su verdadero nombre; el mote de Colombo se lo otorgué por lo astuta que era como detective, insistente y perspicaz para sacarme la información de forma sibilina. Ella regentaba una pequeña tienda de trajes de novia, en la calle Carretas, muy cerquita del parque en donde luego tuve mi residencia. Recordé las veces en las que habíamos acudido para los retoques y ajustes de aquel precioso vestido en blanco satén, hasta que quedó ajustado a la cintura de mi futura esposa. Por aquel entonces, no creíamos en las supersticiones ni en esas raídas costumbres en las que el novio tenía vetado ver el atuendo de la futura pareja antes de la boda. Pero, visto lo visto, quizás deberíamos haber tenido un poco más de cautela con ese tema. Todo nos había salido del revés. Hasta Carla fue consciente de ese tema y me lo soltó en la tercera frase de la conversación: «Ya ves, os lo dije. ¡Chicos, esto no se hace así!». Fuese por lo que fuese, nuestro mundo se fue desmoronando. Y lo extraño es que hubiéramos aguantado en el alambre los últimos meses.

De vez en cuando, Carla me hacía un guiño y movía la cabeza, con el único fin de tranquilizarme, o quizás solo era una artimaña más para tenerme a sus pies, para que no dejase la narración de mi caída al vacío. La verdad es que ya me importaba poco; cuanto más lastre soltaba, mejor me sentía. ¡A la mierda los secretos! Estaba seguro de que todo se debía a los dobles fondos que no logré destapar de mi mujer. Cada vez que daba detalles, noté cómo una pequeña carga me liberaba, y pensé que esa misma liberación me serviría para llevarla a la cárcel a ella. Ya no quería seguir siendo la tapadera perfecta.

Me derrumbé varias veces y solté un humillante torrente de lágrimas; unas de paz y otras de odio. En varias ocasiones, los nervios me hicieron temblar las piernas. Carla me recogió entre sus brazos y se dedicó a recomponer los pedacitos de mi autoestima. Mi nariz se hundía entre su pecho y su axila, resguardada de la tormenta a la que ya no fui capaz de enfrentarme. Si no llega a ser por ella, habría entrado en pánico, o quizás sí lo hice y ella me detuvo antes de estrellarme contra el suelo. Ya no tenía sentido ocultarme. Pero aquello era una contradicción: yo estaba huyendo, en lugar de ir a la policía y terminar de destaparlo todo.

La cara de Carla, después de algunas explicaciones, perdió su tono sonrosado. Pasó de abnegada protectora a dubitativa consejera. Entendí su reacción. Aquella trama no tenía nada de normal. Se había encontrado de bruces con una asesina y con su encubridor, un futuro fugitivo de la ley, todo en una inoportuna mañana de sábado del mes de abril. Sus manos dejaron de acariciarme la espalda y su trasero retrocedió poco a poco, alejándose de mí. Sus palabras de comprensión indicaban una cosa, pero la reacción que las sucedía decía: «¿en qué lío me he metido, y todo por cotilla!». Yo intenté calmarla, pero percibí cómo sus piernas temblaban. Ese incontrolable bailoteo fue la prueba definitiva del estado de excitación en el que había entrado. ¡Y todo por mi culpa!

Supe, en el justo momento en que finalicé la narración, que tantos detalles escabrosos habían superado a Carla. ¡Y cómo no iba a ser así! Yo llevaba semanas asimilándolos, y cada vez que las imágenes se agolpaban en mi cerebro, se me revolvían las tripas. Solo recordar el hedor que emanaba del sótano de casa me producía asco e impotencia.

Mi desafortunada confesora se puso en pie y caminó hacia el fondo

del vagón. Abrió la puerta corredera y se metió en el aseo. Allí permaneció varios minutos, que a mí se me hicieron eternos. Sentí terror ante el momento en que regresara; de su reacción dependía mi futuro más cercano. Y, ahora que lo pienso, no sé por qué dudé. La necesitaba como escudera. Cuando el chirrido de la puerta del aseo anunció su vuelta, mi piel se erizó. Llegó con los ojos enrojecidos, cubiertos de lágrimas y con alguna venita ocular a punto de estallar: signos evidentes de tener el cuerpo revuelto.

Para mi sorpresa, no dudó ni un solo instante —y eso que pensé que ya no retornaría a mi lado—. Se sentó, cogió mi mano y me miró a los ojos. Apretó con todas sus fuerzas mi muñeca y, con un brusco tirón de mi brazo, me obligó a prestarle atención. Debo reconocer que la primera frase se evaporó en el aire; no entendí nada. Pero la segunda fue demoledora para mi conciencia, como un martillazo en toda la testa.

—¡Ya vale, esto no puede seguir así! Tú no eres como ella, debes contarlo todo y que pague por sus crímenes. O lo haces tú o lo haré yo por ti. Y más te vale que seas más hombre de lo que has demostrado hasta ahora, no se puede huir cual perro apaleado. Se lo debes a todas esas personas —expuso, sin permitirme bajar la mirada—. ¿Me has entendido, Alfredo? ¿O tengo que explicártelo más claro? ¡Esto es muy fuerte!

Me quedé mirándola como una polilla hipnotizada ante una luz incandescente, aturdido y con un pavor indescriptible. «Cobarde, cobarde», era la única palabra que me recorría las venas. Nadie me iba a creer. ¿Cómo iba una persona a convivir con una despiadada y calculadora asesina sin darse cuenta de nada? Y todo eso durante más de una década. ¡Todos pensarían que la estaba encubriendo! No sabía cómo ordenar mis ideas. Estaba claro: ¡era un gallina! Mi angustia se antepone a todo y, sin duda alguna, al hecho de hacer justicia. Pero, encima, yo estaba enamorado de aquel ser maquiavélico, oscuro y capaz de ocultar sus dos caras: la maravillosa y preciosa jovencita, y su otro yo. Un diablo sin remordimientos que engullía almas para su colección.

Estaba cansado de ver series que basaban sus argumentos en depravados individuos, sin ningún ápice de empatía hacia sus víctimas. Personalidades indescifrables que se autoconvencían de un poder divino que les daba la potestad de elegir entre el bien y el mal. Para mí eran pura diversión, una manera de pasar tardes o noches entretenido. Y, para colmo, el

destino me había servido de postre el papel de actor principal en una de esas tramas. Para que viviera en primera persona lo cruel que es la verdad y, lo peor de todo, tan superior a la ficción que en ocasiones parece ir más allá de lo que somos capaces de imaginar, cuando en realidad la supera todo.



## CAPÍTULO 3

# EL DÍA QUE CONOCÍ AL DIABLO

Me aferraba a los besos edulcorados con palabras de pasión para dibujar a Laura como la esposa perfecta. La atenta y divertida mujer de la que me había quedado prendado en aquel tren que venía del norte, Santander, el siglo pasado, allá por 1998.

—Buenos días, ¡disculpe! ¿Está libre este asiento? —me preguntó la primera vez que crucé unas palabras con ella—. No queda sitio en el resto del tren, si no le molesta, claro.

—¡Adelante, no lo dude! El pasajero que ocupaba este lugar se ha bajado dos estaciones atrás —le respondí con un brillo de admiración en mis pupilas. Me pareció preciosa, con ese deslumbrante pelo que le caía más allá de los hombros—. ¡Espere! Déjeme que le aparte mi abrigo. Puede dejar su equipaje arriba, en el portaequipajes; hay espacio de sobra.

—¡Uf, casi no llego! Menudo jaleo se ha montado en las taquillas. Hubiera preferido viajar en autobús; no había tanta gente —exhaló con cara de agotamiento.

—Pues, si le digo la verdad, me alegro de que haya elegido el tren. Así tengo buena compañía. El señor de antes era aburrido hasta la saciedad. Solo hablaba de bancos, cuentas y transacciones de dinero. ¡Un plumazo de tío! —le dije en un alarde de flirteo, muy poco habitual en mí, más bien, yo era un tipo vergonzoso y tímido—. Estoy encantado de tenerla de acompañante.

—Gracias, pero aún no me conoce. Es posible que yo le hable de

libros y bibliotecas, y al final se arrepienta de haberme cedido el testigo —me dijo con una carcajada en la boca.

—Bueno, si es de libros, a lo mejor hacemos migas. Me encanta leer.

—Pues entonces la vamos a liar, ¡odio los libros! Donde esté la buena música que se entierren los libros, solo acumulan polvo y olor a rancio —soltó sin ningún miramiento a la grandeza de la lectura y la escritura—. A cada uno nos gustan cosas diferentes. En la variedad está la diversidad, ¿no lo cree usted?

—Por supuesto, no voy a ser yo el que discrepe sobre ese tema. —Convencido de todo lo contrario, pero sin ganas de meterme en un berenjenal nada más empezar. Y con unas ganas increíbles de conocerla.

Se quitó el abrigo y dejó un rastro de gotitas de lluvia. Desde su piel me llegó una ráfaga envuelta en fruta fresca que me cautivó. Y a la que no pude resistirme. Cerré los ojos y paladeé en mi mente cada esquina de su cuerpo. Solo duró unos instantes; los suficientes como para hacerme ilusiones. ¡Claro, eso no me resultó difícil! A fin de cuentas, por aquella época yo era un enamorado empedernido. Siempre andaba prendado de algunos labios revestidos de rojo carmesí. Pas de Pardon; ese era el nombre de aquella fragancia inolvidable, y de la que disfruté todos los años que pasé con ella, y que ahora, después de conocer la verdad, me revuelve las entrañas.

A través de sus sugerentes medias pude adivinar su esbelto relieve. Un conjunto de curvas, colinas y acantilados, que se adherían a su contorno de forma magistral. Y que, a pesar de toda aquella puesta en escena, hubiese derretido a cualquier individuo de mi sexo. Yo me encandilé de cada palabra que salía de su boca. Su forma de hablar y de expresarse eran un sobresaliente comparado con el resto de sus virtudes. Una paranoia mental a la que no fui capaz de poner razonamiento, que se fue apoderando de mí, sin remisión.

—Estoy empapada, ¡menudo chaparrón que ha caído! Y eso que no daban lluvias para hoy —dijo con un poco de enfado, pero con ese aire mágico que la acompañaba en cada gesto.

—¡Es cierto, no parecía que iba a llover! Pero es lo que tiene el mes de abril, lanza sus dados sobre el tapiz y chas: si te pilla con paraguas todo resuelto y, si no, toca correr.

—Bueno, pues nada. El agua siempre viene bien, «es bendición del cielo». Ya lo decía mi tatarabuelo, que en paz descanse.

Allí la tenía frente a mí, indescriptible, y con ese halo de intocable que jamás me hubiese hecho imaginar que sería mi amante. ¡Qué iluso! Yo iba a ser su marioneta perfecta, rendido ante un escaparte de lujo y, a la postre, mi perdición. Debo de reconocer que, hasta el día que empecé a conocer la verdad, viví un sueño y, que si me aferro a eso, podría decirse que fui afortunado y que cualquiera se hubiera intercambiado por mí. Ese vagón de tren, con aquella luz que se colaba por las claraboyas del techo, unido a la embriagadora sensación de viajar, se convirtió en el trampantojo mejor diseñado en el que nunca he estado. Un escenario en el cual la actriz principal, el demonio, recién llegado de los infiernos, hacía su aparición para apoderarse de mi alma. La envolvió para regalo y se la quedó para ir devorándola, sin compasión, durante más de diez años. Y que si yo no me hubiese topado con aquella habitación en el sótano, y esa maldita frase que lo lio todo, aún estaría sirviendo de cena para sus entrañas. Se detiene mi latido con el solo hecho de pensarlo.

Me zambullí en su vida, pues ella se dedicó a darle forma a cada uno de sus recuerdos. Pasé por los típicos chascarrillos de su pueblo natal, deshilaché sus alegrías y sus tristezas. La adolescencia e infancia se quedaron reflejadas sin perder casi detalle, y para cuando sus desamores despuntaban el motivo de su estancia en aquel compartimento de tren, ya sabía el resumen perfecto de sus treinta y dos años, recién cumplidos. Y todo aquello me atropelló como una estampida de ñus, tan real, que podría relatarlo a viva voz sin error, su verborrea era digna de mención. Para darle un toque emocional, se cubrió la cara con un pequeño pañuelo de encaje, mientras se le escapaban algunas lágrimas al recordar a su exnovio desaparecido. ¡Menuda sarta de embustes! ¡Ojalá no hubiera entrado en la ratonera! O sí, ¡yo qué sé! No soy capaz de poner en la balanza su maldad y su ternura, no tengo amor propio. Es como indultar al verdugo con un cachete en el culo.

—¡Qué mirada más atractiva tienes! Me recuerdas a alguien, pero no sé a quién.

—Quizás sea mi virtud más visible, un recuerdo de la herencia de mi abuela materna —le respondí a la vez que bajaba la cabeza, un tanto

ruborizado por su piropo—. Son cosas de los genes, unos ojos verdes en una tez oscura. ¡Menuda mezcla!

—¿Viajas sola? Te lo pregunto porque veo que acarreas demasiado equipaje. Y disculpa, no pretendo ser impertinente ni cotilla —le pregunté con la única intención de que dejase de mirarme, ya que me estaba intimidando con tanta seguridad.

—No te preocupes, no juzgo a la gente por niñerías —me dijo con una sonrisa—. Y, sí, escapo de todo eso que te he contado antes, y estas son mis únicas pertenencias. Ropa y varios discos, de los que no deseo desprenderme.

Lo del «sí» lo tuve claro. Por mi parte había sido una pregunta retórica para poder tirar algo más del hilo que explicase el motivo por el cual alguien había dejado ir a una mujer así, tan impresionante. La palabra niñerías fue algo que no supe cómo encajar: ¿era un ataque o una gracia? Esa motita de duda se quedó ahí dentro, en mi cabeza, un buen rato. Tanto que perdí parte de la conversación posterior. Recuerdo que pensé: «¿iqué fallo he cometido para parecer un niñoato!?!». Menos mal que la entrada en un túnel me devolvió a la realidad. Bueno, la oscuridad no creo que fuera, más bien fue su mano sobre mi trasero la que me hizo un nudo en la garganta, unos segundos interminables que apuntillaron y marcaron mi devoción por ella, y que definieron mi destino más cercano. Aquella provocación no se vio interrumpida por la claridad, al contrario, la salida de aquel túnel solo rubricó sus intenciones, y yo, como buen caballero, no me negué. El pestillo del aseo fue la barrera que nos separó durante unos minutos del resto de los pasajeros, que, ajenos a la pasión que se desbordaba a unos escasos pasos de ellos, continuaban su travesía. Mientras que yo me quemaba en el caldero de aquella, despiadada y sin alma, diablesa; fui cocinado a fuego lento. Aunque en ese preciso instante que me quemaba en las llamas de sus senos y estaba descontrolado por cada caricia de sus dedos lascivos, hubiese hipotecado hasta a mi propia madre por seguir lamiendo cada recoveco de su cuerpo.

Cuando regresamos a nuestros asientos, sentí como si todos y cada uno de los viajeros que nos acompañaban en aquel viaje supieran que me había convertido en su lacayo, rendido a sus deseos. Y la verdad es que, entonces, solo me sentí el amo del mundo, afortunado y un tipo con